



PLANETA

CONTEMPORÁNEO

COBRO DE SANGRE

MARIO MENDOZA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustración de cubierta: Andrés García.

© 2012, Mario Mendoza

© 2012, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-3160-4

ISBN 10: 958-42-3160-X

Primera impresión: noviembre de 2012

Segunda impresión: septiembre de 2013

Tercera impresión: enero de 2014

Cuarta impresión: febrero de 2016

Quinta impresión: septiembre de 2016

Sexta impresión: junio de 2017

Séptima impresión: febrero de 2018

Octava impresión: enero de 2019

Novena impresión: agosto de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

MARIO MENDOZA (biografía)

Mario Mendoza. Nació en Bogotá en 1964. Ha publicado las novelas *La ciudad de los umbrales* (1992), *Scorpio City* (1998), *Relato de un asesino* (2001), *Cobro de sangre* (2004), así como *Los hombres invisibles* (2007), *Buda Blues* (2009) y la obra testimonial *La locura de nuestro tiempo* (2010). Con el libro de cuentos *La travesía del vidente*, editado recientemente por Planeta, obtuvo en 1995 el Premio Nacional de Literatura del Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá. Ganó el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral con la novela *Satanás* en 2002. En 2004 publicó *Escalera al cielo*, un libro de cuentos.

Para mi padre, in memoriam

*Mi vida, antes insubstancial, ha cobrado ahora
un sentido al que no sabría qué nombre dar como
no fuera el mismo nombre de Vida.*

Stefan Zweig

*El demonio que lo poseía había
sido exorcizado al fin.*

Somerset Maugham

ÍNDICE

CAPÍTULO I

Un niño escondido en la oscuridad 13

CAPÍTULO II

El terrorista 33

CAPÍTULO III

El atentado 57

CAPÍTULO IV

Una víctima inesperada 77

CAPÍTULO V

Efraín Espitia 101

CAPÍTULO VI	
Un mapa sensorial	133
CAPÍTULO VII	
Prisionero 212	157
CAPÍTULO VIII	
El vagabundo	237
CAPÍTULO IX	
El mar y el desierto	311

Capítulo I

UN NIÑO ESCONDIDO EN LA OSCURIDAD

Desde su infancia, Samuel Sotomayor fue siempre un individuo solitario, apartado y salido de lo común. A los diez años sus padres le regalaron una edición ilustrada de la *Odisea*, y el pequeño solía encerrarse y quedarse horas enteras analizando los dibujos de los barcos, la corpulencia del cíclope o las caras endurecidas de los marineros durante las tormentas y los tremendos oleajes que soportaban en medio de aquella insólita aventura. Con la pequeña lámpara encendida detrás de él, Samuel disfrutaba la sensación de estar metido en otro mundo, como si cada uno de los dibujos fuera una puerta de entrada a otra dimensión.

Cuando estaba en cuarto de primaria hizo la primera comunión con sus demás compañeros de colegio. Pero él no llevaba en la mano ningún misal, como los otros, sino su vieja y querida edición ilustrada de los viajes de Ulises. La había forrado con un papel blanco y decidió que en una situación tan importante él debía estar acompañado no por

un libro desconocido que no lo entusiasmaba, sino por su querido y trajinado ejemplar que él solía consultar tanto de día como de noche en la soledad de su habitación, cuando se quedaba dormido entre sus páginas y soñaba con el país de los lotófagos, con Circe, con Polifemo y con la solitaria Penélope que tejía y destejía esperando el regreso de su amado. Muchas veces se despertó en mitad de la noche rogándole a Zeus para que le permitiera a Ulises regresar a Ítaca, al lado de su mujer y de su hijo. En una de las escenas finales, cuando el protagonista es reconocido por su perro *Argos*, Samuel llegó incluso a llorar y suplicó a todos los dioses que dejaran al héroe vencer a los pretendientes y recuperar el control de su isla.

Ese día de su primera comunión, Samuel le dijo a Horacio Villalobos, uno de los compañeros de clase que tenía a su lado:

—Si me toca leer algo, me pasa su libro.

Todos estaban vestidos de blanco, con una cruz de madera colgándoles del cuello y un pequeño misal en la mano. El muchacho le contestó a Samuel con una pregunta evidente:

—¿Y por qué no usa el suyo?

Con cierto aire de superioridad, Samuel se sonrió y le dijo a Horacio:

—Porque lo que tengo aquí no es un misal.

—¿Va a recibir la primera comunión con otro libro en la mano?

—Qué le vamos a hacer, nunca lo compré. Prefiero gastar mi dinero en cosas más entretenidas.

La tranquilidad con la que Samuel se burlaba de la situación sorprendió a Horacio y lo hizo sentirse ingenuo, estúpido, como si fuera un pequeñuelo atolondrado hablando con un adolescente despierto y experimentado. El descaro de Samuel, su desparpajo irreverente y el buen humor con el que se tomaba el asunto lo desconcertaban y lo confundían.

—¿Y entonces qué tiene ahí? —preguntó Horacio nervioso.

—Mire.

Samuel corrió el forro y Horacio pudo ver la carátula: se trataba de un hombre barbado gobernando el timón de un barco en una noche de tempestad. El título decía en tinta roja: “La *Odisea*”.

Dos días después, para intimar un poco más con él, Samuel invitó a Horacio a tomar onces en su casa. El joven pudo constatar que, como lo había imaginado, la familia de su nuevo amigo no era como las demás. Los padres de Samuel eran pintores y escultores, una pareja que había diseñado ella misma los planos de la casa, los floreros, los colores de las paredes y de los pisos (colores fuertes, llenos de contrastes), los muebles (anatómicos, poco convencionales) y las puertas con herrajes y arabescos metálicos. Horacio nunca había visto nada parecido. Samuel era hijo único y su cuarto no tenía la acostumbrada colección de autos en miniatura ni los aviones de plástico recostados

en la biblioteca o en el escritorio. No. En su lugar había dibujos y cuadros de gran formato sobre los dioses y los héroes griegos: Hermes a toda velocidad con un papiro en la mano, Poseidón emergiendo de un fuerte oleaje, Ulises hiriendo al cíclope con un gigantesco tronco de madera.

—¿Se los hicieron sus papás? —preguntó Horacio señalando las pinturas.

—Los hicimos con mi mamá. ¿Le gustan?

—Mucho.

—Voy a decirle a ella que hagamos uno especial y se lo regalamos.

Fue una tarde inolvidable para Horacio. Entró al taller de los padres de Samuel, le enseñaron la diferencia entre una acuarela y un óleo, entre una escultura de bronce y una de mármol, trazó varios bosquejos en pliegos de papel enorme, se embadurnó, jugó con los pinceles, escuchó piezas de Charlie Parker, comió arepas rellenas de queso, bebió chocolate con leche y canela, y al final, cuando volvió a su casa, tuvo la impresión de haber estado muy lejos, en otro país o en otro continente, en territorios remotos donde los seres humanos no se comportaban como los individuos que hasta entonces él había conocido. Las onces en casa de Samuel se habían convertido en un viaje a otra realidad más poética y más perfecta que la suya.

Desde entonces, Samuel entabló cierta camaradería con Horacio, eran vistos juntos a la salida del colegio, se encontraban los fines de semana y solían jugar fútbol y montar en bicicleta por los alrededores de sus barrios. Compartían

mucho tiempo el uno al lado del otro, pero había una parte de Samuel que seguía siendo incomprendible para Horacio, una parte de su personalidad que él reservaba sólo para sí y donde nadie tenía cabida. Cuando menos se esperaba, Samuel se retiraba de los juegos y se iba caminando por los potreros baldíos con las manos en los bolsillos, harto de los demás, como si la compañía de otros muchachos lo asfixiara. También le gustaba encerrarse en su habitación a leer y cuando estaba atrapado en algún libro que lo entusiasmaba, se desaparecía días enteros y no contestaba los mensajes que Horacio le dejaba con sus padres. De esta manera, aunque Samuel se viera obligado a vivir buena parte de su tiempo entre sus compañeros de colegio y tuviera un gran amigo con quien compartir su intimidad, seguía siendo un solitario, un joven que necesitaba aislarse para recomponer el ensamblaje de su identidad.

* * *

Había un compañero de clase de apellido Garrido, que se aprovechaba de varios muchachos porque su tamaño lo hacía parecer como si fuera un estudiante de tercero o cuarto de bachillerato, cuando lo cierto era que acababan de iniciar el primer año. Este grandulón los pisaba, los empujaba, les quitaba la comida, les robaba el dinero que tenían para comprar en la tienda del colegio, en fin, les hacía la vida imposible cada vez que podía. Un día, antes de subir a los autobuses, Samuel le dijo a Horacio:

—Mañana le voy a dar una lección a Garrido.

—¿Usted? —le preguntó él mirándolo de arriba abajo.

—No creo que sea tan fuerte como parece.

—Tiene la estatura de nuestros papás —comentó Horacio con el tono de quien insinúa «hey, te pasaste por alto un pequeño detalle».

—Algo me dice que en realidad nunca ha peleado.

—Déjese de teorías: si se mete con él, lo va a hacer papilla.

—Al principio, después veremos.

—¿Qué es lo que piensa hacer?

—Mañana se dará cuenta.

—Lo va a masacrar, se lo advierto.

—Tal vez.

—Voy a echar el botiquín de primeros auxilios de mi casa en la maleta. Nos será útil mientras llega la ambulancia por usted.

—No pierdo nada intentándolo.

—No me haga reír.

Horacio creía que Samuel estaba hablando por hablar, pero no fue así. Al día siguiente, después del almuerzo, estaban practicando algunas jugadas con el balón de fútbol en los prados que quedaban cerca de la carpintería del colegio, y vieron la figura de Garrido que se acercaba a ellos con su paso inconfundible de matón de película de vaqueros. La tarde era soleada, y suaves ráfagas de brisa hacían que

el balón se ladeara cuando lo pateaban hacia arriba. Como era de esperarse, Garrido se hizo entre ellos y les ordenó:

—Necesito el balón.

Dejaron de jugar. Samuel tenía la pelota debajo de su pie derecho.

—¿No me oyeron?

—No somos sus esclavos —replicó Samuel tranquilo, sin alterarse.

—¿Qué?

—Lo que oyó, Garrido, que no somos sus sirvientes. Búsquese un balón en otra parte.

—¿Muy alzado, o qué? —dijo el matón acercándose con actitud agresiva.

—Queremos jugar en paz, eso es todo.

—El problema es que voy a llevarme el balón.

—No, no se lo va a llevar. Lo estamos usando nosotros, cómo le parece.

Garrido estaba un poco sorprendido. Nadie solía hablarle en ese tono. Dio dos pasos más y quedó frente a frente con Samuel.

—Con que ésas tenemos —dijo amenazante.

—No le tengo miedo. Haga lo que le dé la gana.

Samuel no alcanzó a eludir la embestida de Garrido y ambos se enredaron en una pelea campal rodando por el suelo entre puñetazos y llaves de lucha libre. Como era obvio, Samuel llevaba la peor parte. Pero el desconcierto

de Garrido era evidente: tenía un ojo cerrado y la nariz le sangraba abundantemente. Iba ganando la pelea sólo porque su tamaño lo beneficiaba, no porque fuera un contrincante ágil y contundente. Por un momento logró retener a Samuel debajo de una de sus rodillas y le preguntó:

—¿Se rinde?

—No —afirmó él iracundo, con una ceja rota y el labio superior hinchado de manera grotesca.

—Ríndase y lo dejo parar.

—Esto hasta ahora está comenzando, imbécil.

La frase dejó atónito a Garrido. La verdad es que Samuel no se veía muy bien como para andar amenazando. Varios muchachos de distintos cursos, que se habían acercado a contemplar la pelea, aplaudieron y le gritaron obscenidades al grandulón. Los dos combatientes volvieron a rodar por el piso, se trezaron como sierpes y empezaron a respirar como búfalos a los que les faltara el aire. El sudor les escurría por la frente, las sienes y la nuca. Samuel se veía muy golpeado pero estaba, sin duda, en mejor forma. Garrido no podía más, el cansancio lo tenía exhausto, vencido, jadeante. Entonces Samuel, zafando la mano derecha, logró golpear a su enemigo en los testículos. La cara de Garrido palideció y se cayó de medio lado llevándose las manos a la entrepierna. El público se entusiasmó, chifló y abucheó como si estuviera siguiendo una pelea profesional en una arena de gladiadores romanos. Samuel se fue encima de Goliat y lo machacó a su antojo. Al final se sentó sobre él y le preguntó:

—¿Se rinde?

El pobre gigante no dudó en responder con la voz atragantada:

—Sí, sí, me rindo.

—Si vuelve a joder a alguno del curso, al que sea, le va a tocar venir al colegio en silla de ruedas.

A partir de ese día Garrido dejó de ser el gorila que se aprovechaba de su tamaño y se convirtió en un pelmazo enorme que no podía decir nada sin que los demás se burlaran de él. Terminó por retirarse del colegio en las vacaciones de mitad de año.

Al otro día de la pelea, en casa de Samuel, Horacio le preguntó:

—¿Cómo supo que le podía ganar?

—No estaba seguro, lo intuí.

—¿Pero cómo?

—Es fácil, Horacio, ¿cuándo ha visto a Garrido pelear?

—Nunca.

—Le tenemos tanto miedo que nunca lo enfrentamos.

—Nos duplica en peso y en tamaño.

—Pero fíjese, sus movimientos son torpes, lentos, y jugando fútbol es un paquete completo.

—Sí, eso sí.

—Supuse que no aguantaría una pelea en regla, en serio. Llevaba semanas vigilándolo e imaginándome una lucha contra él.

—Todavía no termino de creerlo.

—Bueno, hay otra cosa.

—Qué.

—Es como en el boxeo. No gana el que pega más duro. Hay que saber atrincherarse, hay que aprender a recibir sin caerse a la lona.

—Estar entre las cuerdas —dijo Horacio recordando la expresión.

—Exacto. La vida se gana a veces en esos momentos, no en los otros.

* * *

En 1976, el movimiento estudiantil se hizo sentir con marchas y protestas callejeras que buscaban denunciar la ausencia de una auténtica democracia. El gobierno había desatado una persecución contra todos aquellos que comulgaran con ideas de izquierda. Los padres de Samuel eran profesores en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de Bogotá, y además militaban en el Partido Comunista. En consecuencia, solían comentar en casa la realidad política nacional y hablar de lo sucedido durante las tomas de la Universidad por parte de las Fuerzas Militares, de los compañeros desaparecidos y de aquellos amigos que habían decidido ingresar a las filas de la guerrilla. El ambiente era tenso y una serie de llamadas amenazantes les indicó que los organismos de seguridad del Estado los tenían fichados y estaban detrás de ellos para detenerlos o matarlos.